

www.elboomeran.com

Mario Muchnik

Oficio editor



El Aleph Editores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



© Mario Muchnik, 2011

Primera edición: junio de 2011

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.,
El Aleph Editores
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Grafos, S. A.

Depósito legal: B. 17.830-2011

ISBN: 978-84-7669-949-2

En memoria de
sir Stanley Unwin, editor,
que dijo claramente:

*Si buscas ante todo dinero, no te hagas editor.
Los editores que consideran su negocio solo como un medio
para ganar dinero nos producen la misma impresión
que los médicos solo preocupados por sus honorarios.
El negocio editorial da mayores satisfacciones que el dinero.
Si dominas la técnica y estás dotado de la necesaria aptitud,
te ganarás discretamente la vida, pero la labor de tus jornadas
será interminable y es posible que, cuanto mejor trabajes,
peor sea tu recompensa pecuniaria.*

y en memoria de
Robert Laffont, editor,
(1916-2010)

Índice

1. El Aleph	11
2. Hacer libros	12
3. Primeras armas	15
4. Primer empleo	19
5. Cómo se edita un libro (un cajón de sastre)	27
Proyectos	27
La editorial	28
El nombre de la editorial	32
El primer libro	35
Tropiezo	37
Mano derecha	38
Los <i>yuppies</i>	40
Traducciones	42
Las obras	45
Las agencias	46
Hay autores que son una paliza	49
Cuestiones de confianza	50
La lectura del editor	54
Rechazo	61
Los lectores y el comité de lectura	63
El distribuidor	65
El presupuesto	71
El estilo	73
El original definitivo	76

La composición tipográfica	77
Las correcciones	82
La maquetación	83
Preliminares, dije	85
Créditos y <i>copyright</i> , también dije	86
Los índices	90
La cubierta	91
El lomo, que es parte de la cubierta	95
La impresión	96
El almacén	102
Los premios	103
La promoción	108
Las ferias	117
Las reimpresiones	127
El <i>best seller</i>	127
Curva de ventas	139
6. Cómo quebrar una editorial	144
7. ¿Qué fue de Muchnik Editores?	171
8. Idilio & fuga. Usos y costumbres de ciertas tribus	172
9. ¿Y qué fue de Anaya & Mario Muchnik?	208
10. La parábola del asalto. Sobre el lado laboral del oficio	209
11. La independencia	213
Dos relatos	220
12. Algunos recuerdos de algunos autores	224
13. Sobre el futuro. Tres diálogos con <i>le patron</i>	299
El precio fijo	302
Tiradas cortas	307
Resquemores	318
¿Editar es un negocio?	323
El libro electrónico	326

1

El Aleph

Una mañana de noviembre de 2009 recibí una llamada telefónica de Bernat Puigtobella, director de la editorial El Aleph, que forma parte del Grup 62, de Barcelona. Bernat conoce mis libros («mis», en tanto que autor). Me llamaba pidiéndome, para editar él, un libro en que pusiera todo lo que llevo escrito sobre la edición. Y más, si hiciera falta —pero sin llegar al clásico mamotreto de 1.000 páginas.

Se da el caso de que El Aleph es ni más ni menos que el nuevo nombre de mi primera editorial, Muchnik Editores, con la que en 1990 se quedó Juan Seix, revendió a Julieta Lionetti y esta, a su vez y unos años más tarde, al Grup 62. Considere el lector cuánto me sentí halagado por este pedido; halagado y conmovido.

Evitando, en lo posible, el «refrito», el resultado es este tomo del que me siento inmensamente orgulloso. Ojalá, además de conmovedor para mí, resulte útil a algún aspirante a editor.

Haberlos, haylos.

2

Hacer libros

«Hacer libros» puede significar escribirlos o editarlos. Yo he hecho ambas cosas y soy incapaz de optar por lo uno o por lo otro: escribir me divierte tanto como editar, si bien editar tuvo la ventaja de darme de comer.

La tarea de editar es tan diferente de la de escribir como de la de leer. Se escribe en la intimidad, en la soledad. Como se lee. El diálogo del escritor, cuando escribe, es consigo mismo. El del editor no. El editor suele ser el primer lector de un texto. Custodio de la lengua y conocedor de la técnica, tiene el deber de señalar al autor todo lo que un texto pueda tener de chirriante, y de sugerirle cambios que, en su opinión, ayuden a su lectura. En este sentido, el editor es un mediador constructivo entre el autor y el lector. Al autor, que en su tarea suele perder la perspectiva, le conviene escuchar atentamente al editor y, llegado el caso, discutir con él punto por punto. El autor tendrá la última palabra, mejor fundamentada después de haber discutido con el editor. Quien sale beneficiado, por supuesto, es invariablemente el lector.

Una de las primeras tareas editoriales que realicé, es verdad que a instancias mías pero en divertida colaboración con mi padre, fue la de traducir.

Quizás el último espectáculo que haya visto en Nueva York antes de regresar a Buenos Aires (con un diploma de

físico bajo el brazo) en 1953 fuera *The Crucible*, de Arthur Miller, en su producción original, en Broadway. Basta recordar qué tiempos se vivían entonces en Nueva York para comprender el significado que Miller quiso dar a su pieza y la recepción que tuvo por parte del público. El telón final, con el redoble de tambores, fue seguido por un silencio de iglesia. El miedo dominaba al público, que fue poniéndose de pie. Se oyó al principio un esporádico aplauso, pero se fue nutriendo hasta convertirse en una ovación, una de las poquísimas manifestaciones políticas que tuvieron lugar en Estados Unidos en esos años.

Recién llegado a Buenos Aires de Nueva York conté a mi familia el montaje de *The Crucible* que acababa de ver en Broadway. ¿Lo conté? Debo de haberlo representado en el salón de mi casa. John Proctor, Abigail Williams, Rebecca Nurse, el reverendo Parris, el juez Hathorne y todas las brujas de Salem se habían hecho carne en mí; conocía perfectamente la obra habiéndola visto y leído solo una vez. Traía el texto conmigo y le propuse a mi padre que lo tradujéramos juntos al castellano.

En ese momento mi padre todavía no era editor. Me halaga imaginar que mi propuesta haya contribuido a que fundara su primera editorial, Jacobo Muchnik Editor, en 1955. Empezamos a trabajar esa misma noche, después de cenar. Cada noche mi padre se servía una copita de coñac, colocaba el texto sobre su escritorio, se frotaba las manos y ponía una hoja en la máquina de escribir —que ni siquiera era eléctrica: las máquinas de escribir eléctricas llegarían unos años más tarde. Los diccionarios se desparrramaban, yo caminaba exaltado, volvía a representar tal o cual escena para lograr transmitirle el significado de alguna expresión oscura o arcaica de Miller.

Si con los años llegué a dejar la física (en 1966) y me metí en la edición, he de reconocer que esas deliciosas se-

siones de traducción con mi padre fueron mi primerísima formación, sin que él ni yo lo supiéramos.

En 1955 mi padre fundó su primera editorial y en ese año publicó cuatro obras literarias, seis libros de cocina y doce novelas policíacas. Una de las cuatro obras literarias fue *The Crucible* en nuestra traducción. «El crisol» era el apodo con que los americanos democráticos llamaban a su país, crisol de etnias y nacionalidades. Fuera de Estados Unidos no tenía necesariamente ese sentido. Miller fue cómplice del cambio de título: en castellano la obra se llama *Las brujas de Salem*.

A finales de 1954 me fui a vivir a Roma. Mi magra dieta familiar, esa pequeña ayuda económica paternal con que en 1957 logré terminar mi carrera de física, me llevó, justamente cuando mi padre acababa de fundar en Buenos Aires su primera editorial, a pedirle traducciones. Me las proporcionó y, robando tiempo al estudio y a la ciencia, le traduje varios libros.

Prerrogativa de padre antes que de patrón, me pidió muchas pequeñas tareas afines a los libros: ponerme en contacto con un autor, conseguir un determinado libro, entablar conversaciones con algún editor o agente, etc. Poco a poco y casi sin querer comencé a razonar en términos editoriales, y a sugerirle a mi padre no ya títulos aislados sino colecciones y hasta nuevas líneas. Y él, por su parte, entusiasta lector de mis informes epistolares sobre la vida romana (padre solo hay uno), me consiguió una colaboración periódica en la prensa. Aparecieron unas cuantas «Carta desde Roma» con mi firma, escritas ad hoc o extraídas por mi padre directamente de mi correspondencia.